

## 5. La intervención militar estadounidense en Venezuela: el nuevo rostro de Monroe

DOI: <https://doi.org/10.52501/cc.429.05>

CARLOS OTTO VÁZQUEZ SALAZAR\*



A la memoria de John Saxe-Fernández

### Resumen

El presente capítulo ubica la intervención militar de los Estados Unidos en Venezuela para secuestrar al presidente Nicolás Maduro y a su esposa, la diputada Cilia Flores, desde lo que representan el imperialismo estadounidense y las raíces doctrinales que lo han apoyado a lo largo de más de dos siglos: el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe. En tal perspectiva, se destaca que las agresiones que ha sufrido la República Bolivariana desde la llegada a la presidencia de Hugo Chávez en 1999 y la acción más reciente, el secuestro del presidente Maduro, deben ubicarse como acciones del imperialismo estadounidense tendientes a garantizar la dominación total del hemisferio, incluyendo sus recursos naturales, minerales estratégicos y, por supuesto el petróleo, de cara al cambiante escenario global de disputa hegemónica con China y en el marco de ascenso de las fuerzas más conservadoras y reaccionarias tanto en Estados Unidos como a nivel global y regional.

---

\* Doctor en Sociología por la BUAP. Docente-Investigador de tiempo completo en la Unidad Académica de Ciencia Política "Dr. Víctor Manuel Figueroa Sepúlveda" de la Universidad Autónoma de Zacatecas, México. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4362-4871> ; correo electrónico: [carlosotto@uaz.edu.mx](mailto:carlosotto@uaz.edu.mx)

En un libro como el que el lector tiene entre sus manos, donde se abordan temas vinculados al “Capitalismo y Poder” desde la perspectiva del pensamiento crítico, este capítulo tiene plena vigencia por constituir una interpretación política e histórica de aquellos que han sido componentes centrales en el despliegue del capitalismo a nivel mundial y en América Latina: el Imperialismo, el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe.

**Palabras clave:** *intervención en Venezuela, imperialismo, Destino Manifiesto, Doctrina Monroe, ascenso de la derecha, Donald Trump, Nicolás Maduro.*

## **El secuestro de Maduro: un paso al frente en la escalada injerencista estadounidense**

En las primeras horas del 3 de enero del 2026, el presidente constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, Nicolás Maduro Moros, y la diputada a la Asamblea Nacional, Cilia Flores, su esposa, fueron secuestrados por fuerzas especiales estadounidenses en una violenta incursión militar denominada *Operación Determinación Absoluta*, que incluyó el bombardeo de zonas civiles y militares de Caracas, tales como la base aérea de La Carlota, el Fuerte Guaicaipuro, el Fuente Tiuna e instalaciones ubicadas en La Guaira, Miranda y Aragua. Una vez capturados, fueron trasladados en el buque anfibia Iwo Jima a la base estadounidense de Guantánamo, en la isla de Cuba, e ingresados a un avión militar que los condujo a un aeropuerto en Nueva York para ser entregados a la DEA, siendo exhibidos como trofeos de guerra: con los ojos cubiertos y esposados de pies y manos.

El bombardeo sobre Venezuela estuvo precedido por cinco meses de amenazas y acoso protagonizado por el despliegue naval de la flota estadounidense en el Caribe, la cual permaneció anclada frente a las costas venezolanas con el argumento de que Venezuela era un país gobernado por una organización criminal encabezada por Nicolás Maduro, denominada Cartel de los Soles. Dicho argumento, que sirvió para justificar la narrativa de que Venezuela era un narcoestado que tenía entre sus fines dañar a los Estados Unidos, fue retirado por el Departamento de Justicia de ese mismo país

después de la comparecencia del presidente Maduro en la sala del tribunal del Distrito Sur de Nueva York.

Como lo señala Cuevas (2006) al comparar los casos de Irak y Venezuela, grandes poseedores de reservas de petróleo a nivel mundial:

en ambos casos, la justificación para las agresiones se ha basado en narrativas que al poco tiempo han caído por su propio peso y han mostrado ser crasas mentiras. En el caso de Irak, el que ese país poseía armas de destrucción masiva, y en el caso de Venezuela, que era un país gobernado por un cartel de la droga denominado Cartel de los soles (párr. 2).

El secuestro del presidente venezolano, que desde los medios hegemónicos y la narrativa de las grandes cadenas y corporativos globales se ha tratado de presentar como una operación “limpia”, se extendió por cerca de hora y media dejando decenas de muertos, incluyendo 32 internacionalistas cubanos que formaban parte del cuerpo de seguridad más cercano del presidente de la República Bolivariana. La agresión imperialista pasó a formar parte de una larga lista de argumentos bajo los cuales el ejército de los Estados Unidos, los grupos especiales y las distintas agencias de seguridad de ese país, han intervenido directa e indirectamente para someter, dominar y desestabilizar a los países latinoamericanos y caribeños, amparados en un supuesto Destino Manifiesto que les autoriza a extender el *área de libertad y llevar la democracia* a todos los confines, comportándose como el policía global.

En ese sentido, tanto la intervención militar como las posteriores declaraciones del presidente Donald Trump y de sus más cercanos funcionarios no dejan ninguna duda de la centralidad del petróleo en la ecuación inje-rencista norteamericana (Britto, 2026). El petróleo constituye el eje del apetito imperial en Venezuela, país que posee la reserva más grande de crudo del planeta, y tenerla bajo su control es una exigencia irrenunciable que se ha impuesto la élite que gobierna los Estados Unidos.

Si bien, analizar los hechos del 3 de enero, así como sus antecedentes, resulta de gran interés en el contexto del repliegue hemisférico que está impulsando Estados Unidos como parte de la disputa interhegemónica que viene librando y perdiendo con China, lo que se quiere destacar en este

capítulo son dos de los principales componentes históricos de la larga tradición injerencista e intervencionista norteamericana: el *Destino Manifiesto* y la *Doctrina Monroe*, que constituyen los ejes explicativos de la vocación imperial de esa nación.

En tiempos en que muchos pensadores, analistas, políticos y académicos, bien sea por dinero, estatus, posiciones de poder o intereses específicos, dejaron de utilizar categorías como la de imperialismo para proceder al uso de una terminología *políticamente correcta y neutra* difundiendo términos como los de *globalización* o *interdependencia* para referirse a las relaciones internacionales, la realidad ha vuelto a poner nuevamente las cosas en su lugar. En ese sentido, Borón (2006) alertaba lo siguiente:

Una de las grandes paradojas de la historia reciente de América Latina había sido la práctica desaparición de una discusión seria sobre el imperialismo y la dependencia, precisamente en momentos en que las condiciones objetivas del capitalismo latinoamericano exhibían una agudización sin precedentes de la dependencia externa, la impresionante erosión de la soberanía nacional de los estados y un sometimiento sin precedentes a los dictados del imperialismo (...) Si se revisa la literatura de las últimas dos décadas del siglo pasado, se comprobará que, prácticamente, la palabra desaparece por completo, y quienes tenían la osadía de hacer uso de ella eran rápidamente silenciados. Se decía que la globalización había acabado con todo aquello y que el imperialismo era un fenómeno del pasado. (pp. 473-478)

Sucesos como los acontecidos con el genocidio del pueblo palestino en Gaza a partir de octubre de 2023 (Traverso, 2024) y más recientemente con la captura del presidente de la República Bolivariana de Venezuela, las amenazas de apropiarse de una u otra forma de Groenlandia, y el intento de estrangulamiento de la Revolución Cubana por parte del gobierno de Donald Trump, ponen en evidencia el carácter imperialista y colonialista que tienen hoy más que nunca dichas decisiones y, en el caso de América Latina, la plena vigencia de la Doctrina Monroe como uno de los ejes rectores de la relación de Estados Unidos con los países del hemisferio.

Honrosas excepciones son algunos científicos sociales han denunciado de manera permanente la existencia del imperialismo estadounidense, mien-

tras el pensamiento hegemónico de derecha se regodea propagando las virtudes del mercado y del proceso globalizador, expandiendo su discurso en los círculos políticos, empresariales y académicos, lo que incluye a universidades consideradas anteriormente progresistas e incluso de izquierda, las cuales asumieron como propias las tesis emanadas desde los centros del poder para reaparecer maquilladas bajo una fachada de *excelencia académica*.

Con anterioridad, pensadores latinoamericanistas realizaron investigaciones en que recuperaban aspectos centrales de la historia expansionista de los Estados Unidos y en particular en sus relaciones con América Latina y el Caribe. Gregorio Selser, Gastón García Cantú, Pablo González Casanova, Ruy Mauro Marini, Eduardo Galeano, Atilio Borón, entre otros, continuaron y profundizaron en las tesis de José Martí, Augusto César Sandino, Víctor Raúl Haya de la Torre, Julio Antonio Mella. Manuel Ugarte, Ramiro Guerra y José Carlos Mariátegui, quienes en distintos momentos y desde diferentes trincheras denunciaron la intervención extranjera estadounidense, contribuyeron a la recuperación y mantenimiento de la memoria histórica latinoamericanista y sentaron los cimientos de una enraizada identidad antiimperialista en la región.

Las iniciativas que han formado parte de los planes estadounidenses de dominio y control de la región, sus territorios y recursos a lo largo de casi dos siglos, incluyen un amplio abanico de acciones de intervención directa o encubierta. Entre éstas sobresalen la ocupación militar y el desembarco de tropas, la anexión de territorios, la amenaza de guerra e intervención, el sabotaje y la desestabilización, así como el bloqueo económico y comercial mediante la aplicación de leyes extraterritoriales contrarias a cualquier norma del derecho internacional. Lo anterior ha sido acompañado, en la mayor parte de los casos, de mecanismos más tradicionales y “suaves” de sujeción económica y política, como el otorgamiento de préstamos y créditos condicionados e impagables que acaban por quebrar financieramente a los países que los contratan (Ceceña, 1972); el saqueo de excedentes y envío de utilidades a las casas matrices localizadas en Estados Unidos; la inversión en sectores estratégicos para profundizar el extractivismo de recursos naturales en busca de minerales de alto valor estratégico, y el pago

del servicio de la deuda externa que permita continuar con la dominación y la dependencia estructural latinoamericana frente a los Estados Unidos.

En el siguiente apartado abordaremos cómo es que estas estrategias de dominación se han aplicado a lo largo de distintos momentos en nuestra región, hasta llegar al episodio más reciente, que es el bombardeo e intervención militar en contra de la República Bolivariana de Venezuela.

## **El Destino Manifiesto y su aplicación en América Latina: la Doctrina Monroe**

En la base doctrinal del expansionismo estadounidense, la idea del Destino Manifiesto, con sus distintos componentes de orden político, geográfico, demográfico, histórico y religioso, ha desempeñado un importante papel en el convencimiento estadounidense de ser un pueblo elegido, un pueblo superior destinado a cumplir una misión, un llamado: extender al resto del mundo el área de libertad garantizando la seguridad. A lo largo de los dos últimos siglos dicha noción ha desempeñado un importante papel como elemento cohesionador del convencimiento que se tiene en ese país de ser un pueblo elegido, predestinado por Dios para extender y garantizar el área de libertad (Bosch, 1969; Fuentes, 1986).

La idea del Destino Manifiesto, en principio, proviene de los ingleses, pues fueron ellos quienes heredaron a sus descendientes en territorio americano los principales componentes histórico-religioso-geográficos que con el tiempo fueron agrupados y estructurados bajo la noción del Destino Manifiesto como hoy la conocemos (Ortega y Medina, 1972).

En la perspectiva luterano-calvinista, es decir, para la iglesia protestante, ciertos hombres, pueblos y Estados estaban *predestinados* por Dios y habían sido elegidos para llevar adelante una *misión, vocación o llamado (calling)* que debían cumplir. Así, se presentaba un determinismo teológico que no admitía alternativas, ya que sólo Dios podía determinar quién iba a ser el elegido y quién el condenado, como lo recuerda Rodríguez (2003):

Los puritanos pensaban que el hombre desde su nacimiento estaba impregnado con la semilla de la maldad, de la corrupción, del pecado, y que como tal

estaba condenado a las tinieblas y a no recibir la salvación. También creían que los hombres no la obtenían por medio de las obras, sino que era Dios el que decidía quien se salvaba y quien se condenaba. De tal suerte, la humanidad se dividía en dos tipos de hombres: elegidos y condenados, superiores e inferiores. El hombre puritano se consideraba del lado de los elegidos o predestinados. De acuerdo con esa tónica, los puritanos novoiingleses vislumbraron en los indios americanos a los enemigos del nuevo pueblo elegido; en una ocasión afirmaron: existen dos partidos en el nuevo mundo, el partido de Dios y el del diablo. El partido de Dios es blanco, puritano y encargado de redimir al mundo de los errantes. Mientras el partido de Satanás es de piel oscura. (p. 4)

El elemento religioso fue determinante en la conducta de los primeros pobladores ingleses. Este punto de vista teológico fue heredado a sus futuros descendientes, los Estados Unidos, pero ésta no sería su única herencia. Junto con la visión teológica descrita, el pueblo estadounidense hizo suyos los sentimientos antiespañoles que durante siglos fueron promovidos por los ingleses contra el pueblo español, con el agregado de que, a partir de su conformación como nación, los estadounidenses hicieron extensivo dicho sentimiento de rencor a los pueblos liberados del yugo español, es decir, al conjunto de países de América Latina y El Caribe. Como lo señala Ortega y Medina (1972):

La crueldad, la indolencia, la cobardía y el fanatismo españoles siguieron vigentes para caracterizar ahora a los descendientes de la espuria España, y de nada podían servirnos nuestras protestas. Tras la sonrisa, el ademán y las caravanas diplomáticas asomaba, si no es que sigue aun asomando, el antiguo desprecio coheredado... En la conformación norteamericana de la doctrina del Destino Manifiesto tuvo parte principalísima el terrible peso de la tradición antiespañola; por consiguiente, cuando en las manos políticas estadounidenses se enarboló la doctrina contra nosotros, la crudeza de su aplicación reflejaba simplemente la ingente montaña de prejuicios adquiridos. (p. 11)

Una vez que Estados Unidos se independizó de Inglaterra se consolidaron varios de los principios político-religiosos heredados de sus antecesores; en primer lugar, el hecho de considerarse un pueblo elegido. En su perspec-

tiva, existían factores de orden religioso-geográfico-político e histórico que mostraban que dicho pueblo había sido seleccionado para llevar adelante los designios divinos, sólo que, en esta nueva versión, los postulados que sustentaban dicha elegibilidad, así como los usos que se darían a la misma, se adecuarían a los intereses político-estratégicos particulares de la nueva nación.

En primer lugar, la principal herencia que dejaron los ingleses al pueblo estadounidense consistió en transmitirles el credo luterano-calvinista o doctrina puritana, es decir el elemento teológico. En palabras de Rodríguez (2003):

Los estadounidenses se han considerado destinados a realizar una labor cristiana a través del mundo, ya que el destino de ese pueblo había sido trazado por la mano del Salvador (...) Acorde con lo anterior, puede inferirse que los Estados Unidos se consideran poseedores exclusivos de la verdad y actúan conforme a esta creencia, les corresponde un Destino Manifiesto para el cual han sido elegidos por Dios, y por tal motivo están llamados a ser el instrumento divino para llevar a cabo la regeneración moral y política del mundo. De ello se deriva la idea de que los Estados Unidos tienen una tarea divina que cumplir, no sólo servir de modelo y guía para los pueblos, sino compartir con ellos los beneficios y alcances de su civilización. (pp. 2-3)

Desde el punto de vista interno, la noción de Destino Manifiesto sirvió como elemento de cohesión social al significar la aceptación de una serie de valores socialmente compartidos —individualismo, pragmatismo, libertad, trabajo, racismo— que definieron un modo de vida y un modo de ser estadounidense.

En contrapartida, desde el punto de vista externo, la noción del Destino Manifiesto se concretó en la convicción de un derecho sagrado de los estadounidenses para intervenir en otras naciones, bien sea para extender el área de libertad, entendida como libertad espiritual o de libre empresa, o bien con el argumento de garantizar su seguridad (Weinberg, 1968). Se trató así de un proceso gradual de fusión entre los elementos puramente teológicos y aquellos de naturaleza claramente política que se fueron amalgamando para dar forma a la noción del Destino Manifiesto.

Que lo anterior iba a traer graves consecuencias para América Latina y el Caribe, no queda ninguna duda. La idea de extender sus valores como parte del Destino Manifiesto tuvo efectos desastrosos para muchos de los países de la región, los cuales a lo largo de cerca de dos siglos han enfrentado los embates de Estados Unidos en su intento por “americanizar” el continente. La compra de la Luisiana y la Florida, el despojo a México de Texas, Nuevo México y California, así como la compra de Alaska, fueron los primeros pasos de un interminable recorrido estadounidense para asegurar la posesión y control del continente (Guerra y Sánchez, 1975; Rodríguez, 1997). Las futuras intervenciones en Cuba, Puerto Rico, México, República Dominicana y Nicaragua, por citar sólo algunos casos, fueron otras expresiones de la clara intromisión en los asuntos internos de las naciones del hemisferio en las que Estados Unidos se dijo llamado a intervenir.

El Destino Manifiesto a que Estados Unidos se decía predestinado se concretó en materia de política exterior de esa nación para con el conjunto de América Latina en la aplicación de una activa política intervencionista. El 2 de diciembre de 1823, al rendir su séptimo informe presidencial, James Monroe enunció en tres párrafos de su largo discurso lo que ha sido denominado por historiadores y especialistas como “la Doctrina Monroe” (Pereyra, 1959). La idea de una Doctrina Monroe como tal fue madurando con el tiempo y uno de los elementos que hizo que el mensaje de Monroe se constituyera en componente central de la política exterior estadounidense tiene que ver con la gradual conformación de dicha nación en potencia económica mundial. Como lo asegura Perkins (1964):

La eficacia de la Doctrina Monroe depende, en gran medida por lo menos, del poderío material de los Estados Unidos. La eficacia práctica de cualquier dogma diplomático puede ser determinada en último término por el calibre de los cañones de una nación, el número de sus buques y la organización efectiva de su fuerza armada. Este país tenía que desarrollarse hasta ponerse a la altura de la Doctrina Monroe y contemplar el asunto desde este punto de vista. Pero de ello no se desprende que siempre será inútil enunciar un dogma que uno todavía no puede hacer respetar en toda clase de circunstancias y entre todas las clases de hombres. (p. 79)

El carácter selectivo de la Doctrina Monroe como instrumento de intervención sistemática en que encarnaba la noción mística del Destino Manifiesto, del pueblo elegido dispuesto a cumplir una misión, fue encontrando mayores justificantes una vez que el poderío norteamericano se fue consolidando. Es en ese sentido que con el correr del siglo veinte se incorporaron los respectivos corolarios a la Doctrina Monroe que profundizaron en su esencia intervencionista y en el tutelaje sistemático de los países de la región. De esta forma, la Doctrina Monroe fue adecuándose a la nueva realidad de la cambiante situación mundial, así como a la recomposición hegemónica que se venía gestando en el seno del sistema mundial capitalista.

Como se puede apreciar, la idea de un Destino Manifiesto se ha ido reconfigurando históricamente en función de circunstancias específicas, sirviendo como instrumento de justificación de las políticas expansionistas del imperialismo estadounidense en materia económica, comercial y político militar en el resto del mundo, expresándose como el derecho estadounidense a intervenir en cualquier país de la región en función de sus particulares intereses. Ello adquirió características particularmente graves si se tiene presente que América Latina fue percibida desde los inicios de su vida independiente como parte del “espacio vital” estadounidense, por lo que dicho Destino Manifiesto cobró forma concreta mediante la formulación de la Doctrina Monroe.

En efecto, para el caso de América Latina y El Caribe, el Destino Manifiesto encarnó bajo la forma de la Doctrina Monroe, la cual constituye un componente central de la política exterior de Estados Unidos, y en cuyo nombre se ha aplicado de manera sistemática, a lo largo de cerca de dos siglos, una estrategia de dominación y tutelaje de los países de la región, ante los riesgos potenciales de orden externo e interno que pudieran poner en peligro los intereses políticos y económicos de Estados Unidos en el área.

En el periodo de ascenso del imperialismo estadounidense, que abarca de fines del siglo XIX hasta el término de la segunda guerra mundial, la disciplina de los países del hemisferio incluyó desde prolongadas y cruentas intervenciones militares (Selser, 2010), hasta la imposición de los intereses de la potencia del norte por medios “benevolentes”, con políticas de relacionamiento estadounidense como *La diplomacia del dólar*, la política del *Gran Garrote* y la llamada *Política del Buen Vecino* (Duroselle, 1965).

En esta etapa, la expansión del área de influencia del imperialismo estadounidense en busca de mercados para la colocación de mercancías y capitales, así como de materias primas y fuentes de abastecimiento para sus crecientes monopolios condujo a reforzar los lazos de subordinación y dependencia de buen número de países de la región, en un marco de alineamiento de las naciones del hemisferio a los intereses económicos y políticos estadounidenses. En ello, personajes como Fulgencio Batista, Rafael Leónidas Trujillo y Anastasio Somoza, entre otros, cumplieron un papel importante.

En el periodo de plenitud del imperialismo estadounidense, que abarcó de fines de la Segunda Guerra Mundial hasta los últimos años de la década de los sesenta y principios de los setenta del siglo xx, se produjo un importante cambio en la estrategia de relacionamiento de la potencia imperialista con la región. Teniendo como fondo el recrudecimiento de la Guerra Fría, el discurso monroísta y panamericanista pasó de privilegiar la seguridad hemisférica ante una posible intervención europea a ubicar al comunismo internacional como su enemigo de mayor peligro (Klare, 1990).

En este periodo, la estrategia de vinculación de Estados Unidos con América Latina consistió en la aplicación tanto de la efímera Alianza para el Progreso como de la más duradera Doctrina de la Seguridad Nacional, las cuales, a pesar de sus aparentes diferencias, se ubicaban como parte de una misma estrategia de carácter contrainsurgente que condujo al proceso de militarización del poder político en la región, identificando a las guerrillas y grupos subversivos como el principal peligro que podría poner en riesgo la seguridad y libertad hemisféricas (Calloni, 2001; Mahskin, 1985).

Desde finales de los años sesenta y principios de los setenta del siglo pasado, el sistema capitalista entró en una larga etapa de crisis política y económica, en la cual es necesario ubicar el inicio del proceso de declinación hegemónica de Estados Unidos. Dicha tendencia se manifestó en una paulatina disminución de la participación estadounidense en los niveles mundiales de producción, comercio e inversiones; en la pérdida de competitividad en importantes ramas y sectores productivos, así como en el ámbito monetario y financiero.

Ante las evidentes muestras del debilitamiento de su posición hegemónica, Estados Unidos puso en marcha un conjunto de iniciativas para buscar su reposicionamiento en la lucha por el poder mundial. A nivel hemisférico,

dicha redefinición incluyó la Iniciativa para las Américas (1990) y el Tratado de Libre Comercio de América del Norte con México y Canadá (1994), los cuales se instrumentaron de manera inmediata a la caída del muro de Berlín y a la desintegración de la Unión Soviética (Saxe-Fernández, 2002). De la misma forma, Estados Unidos impulsó activamente la creación de un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA).

El ALCA, en los hechos, consistía en la creación de un macro espacio de explotación para uso de las empresas y capitales estadounidenses, poniendo bajo su control recursos hemisféricos fundamentales como el petróleo, el gas, minerales estratégicos, la biodiversidad y el agua de la región, para disminuir la pérdida de capacidad de conducción de Estados Unidos sobre el conjunto de los principales actores del escenario internacional apoyándose en un cambio en la correlación de fuerzas políticas y en la balanza de poder hemisférica.

América Latina y el Caribe se convertiría en uno de los ejes del reposicionamiento de Estados Unidos asegurando a las principales compañías de ese país el acceso irrestricto a los recursos naturales y materias primas fundamentales, que constituyen el soporte básico del ejercicio de la hegemonía, al posibilitar la apropiación de facto del enorme espacio latinoamericano y caribeño como parte de su nueva estrategia hemisférica de relacionamiento.

El cambio en la correlación de fuerzas políticas en América Latina, que se inició a partir de la victoria de Hugo Chávez en las elecciones presidenciales de diciembre de 1998, así como la llegada de un conjunto de gobiernos de carácter progresista que en mayor o menor medida fueron tomando distancia de las orientaciones formuladas por Washington, como fue el caso de *Lula da Silva* en Brasil, de Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, echó para atrás la propuesta estadounidense de relacionamiento hemisférico, la cual fue tajantemente rechazada en la Cumbre Presidencial de Mar del Plata de noviembre de 2005.

Ese movimiento del péndulo político en América Latina (Vázquez, 2025) que dio paso al ciclo de gobiernos progresistas en la región, el cual se extendió alrededor de unos quince años, fue un dique temporal que contribuyó a contener la estrategia estadounidense al tiempo que propició la creación de espacios alternativos de integración y cooperación regional como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (creada en 2004),

la Unión de Naciones Suramericanas (en 2008) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (en 2010), que fueron diseñados en contraposición al ALCA. Estados Unidos, por su parte, tuvo que recurrir en esos años a una especie de proceso de “*bilateralismo intensivo*”, con el fin de concretar los diferentes Tratados de Libre Comercio con sus aliados en el hemisferio, para intentar construir, pieza por pieza, el rompecabezas de su estrategia de relacionamiento continental.

El bombardeo a Venezuela y el secuestro del presidente Maduro muestran con claridad no sólo la ruptura del orden internacional existente, sino que confirman la fuerza de la Doctrina Monroe y su centralidad en las relaciones del imperio con América Latina. En palabras de Cuevas (2026):

Es decir, Estados Unidos como dueño y señor del continente americano. En base a este supuesto, el preciado petróleo que yace en el subsuelo venezolano es de ellos, y son ellos quienes pueden y deben explotarlo y administrarlo. De ahí que la mentira que inicialmente enmascaró la ofensiva mediática y militar contra Venezuela, que Nicolás Maduro debía ser derrocado porque comandaba un cártel de drogas, se esfumó apenas unas horas después de consumada la invasión y el secuestro del presidente constitucional de Venezuela. (párr. 9)

Para cerrar este capítulo, cabe mencionar algunas reflexiones que nos ayudan a comprender de manera integral, y siempre desde una interpretación política e histórica de los hechos, lo que está ocurriendo en Venezuela e impacta en el conjunto de países de América Latina.

## **El futuro que nos espera**

El contexto de crisis generalizada en el funcionamiento del capitalismo, así como la profunda revolución científico-tecnológica en su interior, ha conducido de forma gradual pero significativa a un auge del pensamiento conservador a nivel global. Este escenario ha facilitado el ascenso de fuerzas y gobiernos de derecha en un número importante y creciente de países, lo mismo en Europa que en Estados Unidos y América Latina.

Esta nueva y poderosa oleada de las fuerzas de derecha y ultraderecha, que abre lo que algunos identifican como una etapa del capitalismo donde destacan fuerzas y gobiernos con rasgos fascistas o posfascistas (Traverso, 2025), ha hecho posible el ascenso de personajes como Donald Trump en Estados Unidos, Giorgia Meloni en Italia, Viktor Orbán en Hungría y Andrzej Duda en Polonia, con discursos y políticas nacionalistas, xenófobas y racistas.

Estas fuerzas conservadoras, en lo que se refiere al ámbito económico, prosiguen en su estrategia de despojo y desmantelamiento de los avances sociales y colectivos previamente alcanzados, impulsando acciones como el renovado ataque al sistema de pensiones, al tiempo que promueven la extensión de la edad para poder jubilarse; el debilitamiento y/o eliminación de sindicatos; la creación de reglas para estimular la flexibilización laboral y promover el *outsourcing*, fenómenos ambos que sirven para apuntalar la explotación laboral; su oposición al establecimiento del salario universal o renta básica; sus propuestas para eliminar los impuestos a la herencia y su lucha política y legal en diferentes países para incrementar la jornada laboral, lo que ha venido implicando un grave retroceso en el marco de las luchas históricas del trabajo frente al capital. (Vázquez, 2024, p. 149)

En lo que respecta a América Latina, el ascenso de las fuerzas conservadoras se ha expresado en diferentes ámbitos económicos y políticos, ganando espacios de representación en parlamentos, alcaldías, concejalías, partidos políticos y en un creciente número de organizaciones de la sociedad civil que se identifican con la promoción de los valores de la patria, la religión y la familia (Ali, 2023). Aunado a lo anterior, dichas fuerzas conservadoras han podido acceder a la captura y control del Estado llevando a la presidencia de sus respectivos países a personajes como Javier Milei en Argentina, Jair Bolsonaro en Brasil, Daniel Noboa en Ecuador, Nayib Bukele en El Salvador y, más recientemente, José Antonio Kast en Chile.

El crecimiento de las fuerzas más reaccionarias a nivel mundial y en América Latina ha hecho que éstas vuelvan a retomar con mayor fuerza la iniciativa en su búsqueda incesante de recursos naturales estratégicos y prioritarios, como el petróleo venezolano, que es uno de los objetivos fundamen-

tales de los Estados Unidos, sin importar que ello se realice sobre la base de la ruptura de los marcos institucionales, del derecho internacional y pasando por encima de la soberanía nacional y la autodeterminación de los pueblos. Como señala Cuevas (2026):

Si la guerra de Irak mostró un *modus operandi* que ha marcado el conjunto de intervenciones que Estados Unidos y sus *adláteres* han emprendido en los últimos treinta años, el caso de Venezuela marca un nuevo hito nefasto: muestra que Estados Unidos ha dado un profundo viraje en la estrategia que busca mantener su dominio mundial. Su objetivo es la del atrincheramiento en lo que considera su espacio vital, y para ello no escatimará nada. (párr. 5)

Es un hecho que con el secuestro del presidente Nicolás Maduro los Estados Unidos no han logrado dismantelar los ejes fundamentales de la revolución bolivariana. El arraigo y la lealtad a los principios en que se sustenta el chavismo siguen vigentes, encarnados en millones de venezolanos que se han movilizado en defensa del proceso revolucionario y en rechazo al ataque que desde una postura imperialista ha realizado la administración de los Estados Unidos.

Si algo procuró Hugo Chávez a lo largo de sus muchas intervenciones dirigidas al pueblo venezolano fue la consolidación de una memoria de resistencia antiimperialista y eso es lo que se expresa en las calles de Caracas y de las principales ciudades venezolanas. Como señala Figueroa (2026):

El gobierno venezolano tiene condiciones para resistir la presión imperialista: la propia trayectoria de Delcy Rodríguez; la hasta ahora incólume unidad en la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) y de la Policía Nacional Bolivariana (PNB); la maquinaria del Partido Socialista Unificado de Venezuela; los millones de milicianos y milicianas que hasta ahora siguen organizados; las 4 o 5,000 Comunas y los 49,000 Consejos Comunales. He aquí la correlación de fuerzas que definirá el rumbo próximo de Venezuela. (párr. 7)

Por tanto, lo ocurrido en Venezuela constituye una alerta de primer orden de lo que el imperialismo estadounidense está decidido a hacer en la región con quienes no acepten plegarse a los designios del Destino Mani-

fiesto que se dicen llamados a cumplir, así como de la aplicación a rajatabla de la Doctrina Monroe. En el caso específico de este país es importante recordar con Hernández (2026) que:

El chavismo se construyó como proyecto antimperialista, con un Estado social cuyo horizonte es el socialismo del siglo XXI, con una nueva doctrina militar y con bastiones reales de poder popular (comunales), pueblo armado y alianzas con China, Rusia e Irán (...) Fue golpeado por una agresión militar y el secuestro de su presidente. No se ha desplomado. Resiste. Pretender desmantelar desde arriba todas esas conquistas y que su pueblo se someta incondicionalmente a los caprichos imperiales parece cuesta arriba (...) el futuro de la Revolución Bolivariana está en su pueblo. (párr. 7-12)

El imperialismo estadounidense, como se puede apreciar, está más vivo que nunca; aunque no es el mismo de mediados o fines del siglo XIX ni tampoco el de inicios del siglo XX o el de la posguerra. El imperialismo estadounidense actual asume nuevos rasgos y se reconfigura como parte de su tendencia a mutar, diversificándose en función del contexto en el cual se despliega y de las condiciones particulares donde opera.

A pesar de ello, el imperialismo estadounidense tiende a conservar también, de manera dialéctica, algunos de los rasgos y componentes que lo han acompañado desde su nacimiento, como es el liderazgo de un Estado fuerte que da dirección, sentido y profundidad a las acciones imperialistas de la potencia del norte. De la misma manera, destaca la centralidad de las empresas y corporativos que forman parte del complejo militar industrial como actores estratégicos encargados de comandar el proceso de despojo y drenaje de excedentes desde los países de los cuales se apropian y/o en los que se instalan.

En los tiempos actuales, el imperialismo estadounidense parece ubicarse en una fase terminal de cuyos estertores todas y todos somos víctimas. El imperio moribundo, con su hegemonía claramente cuestionada y habiendo sido superada en distintos campos científico-tecnológicos y del conocimiento, ve retroceder su poder de manera inexorable y erosionar su hegemonía de manera acelerada principalmente frente a China (Tirado, 2026). En otras palabras:

En su largo camino hacia el ocaso, el imperialismo norteamericano se desliza por el tobogán de la violencia. Ya pasaron los tiempos del consenso y la hegemonía, cuando los Estados Unidos no tenían que hacer uso de ese garrote poderoso que blande ahora como Neanderthal agresivo y muchos lo veían como alternativa al “peligro rojo”. (Cuevas, 2026, párr. 11)

En este contexto, el imperialismo estadounidense recurre a dinamitar las instituciones regionales y globales y pone en marcha una estrategia que en mucho se parece a la ley de la selva, donde el más fuerte tiene mayores posibilidades de sobrevivir. Este imperialismo ha dejado atrás el enmascaramiento que ejercía por medio de discursos y de una narrativa de cooperación para hacer frente incluso a aquellos que, como la OTAN o Naciones Unidas, habían sido sus aliados a lo largo de más de tres cuartos de siglo.

El imperialismo estadounidense continúa y profundiza la opresión de pueblos y naciones como lo ha hecho a lo largo de los dos últimos siglos, sembrando destrucción, dolor y muerte. Aniquilando pueblos enteros como lo hizo —en alianza con Israel— con Gaza y pretende hacerlo con el heroico pueblo cubano, al que asfixia económica y comercialmente para destruir el ejemplo de soberanía y dignidad que ha sido faro de la lucha antiimperialista y anticolonialista a lo largo de más de seis décadas en América Latina.

Pese a dichos cambios, el imperialismo estadounidense conserva muchos de sus componentes centrales y se apoya para ello en los cimientos que le han dado fuerza y sentido: el Destino Manifiesto y la Doctrina Monroe, pilares no sólo discursivos, sino de una materialidad indiscutida, sobre los cuales ha ejercido la dominación, la violencia y una injerencia permanente sobre casi todos los países del planeta.

Contribuir al conocimiento de los procesos históricos para comprender lo que está pasando hoy, en este caso con la intervención militar estadounidense en Venezuela, es uno de los compromisos ineludibles que deben asumirse desde la academia para generar condiciones de reflexión y resistencia como parte de una lucha política colectiva para hacer frente al imperialismo estadounidense (González, 1990). Lo anterior resulta aún más urgente si se tienen presentes las constantes amenazas que ha venido ha-

ciendo Donald Trump de enviar fuerzas militares estadounidenses a México para hacer frente al narcotráfico.

El discurso injerencista y claramente intervencionista, además, ha sido atizado en nuestro país desde las posiciones más conservadoras y con una histórica postura reaccionaria como son los medios de comunicación masiva, algunos de los grandes grupos empresariales estrechamente vinculados con los corporativos estadounidenses, facciones de la jerarquía católica, organizaciones que se dicen defensoras de la familia y los valores tradicionales, los partidos políticos de derecha (PAN y PRI), así como por académicos de instituciones privadas y también públicas que, al amparo del discurso de una supuesta *deriva autoritaria* y de la *fragilidad* de la democracia, amplifican las amenazas Trumpistas y abren espacios para la división y la confrontación interna que facilite el cumplimiento de dichas amenazas.

Cuando Trump afirma que “no necesita del derecho internacional” y que lo único que puede detenerlo es su “propia moralidad, mi propia mente” (The New York Times, 2026) da una declaración que nos pone a pensar seriamente y comenzar a actuar de forma colectiva y organizada.

En nuestro continente, Cuba, Colombia y por supuesto México han sido avisados de los propósitos estadounidenses para asegurar su área de influencia. Mal haría la academia en menospreciar dichas amenazas. Es momento de alertar sobre la reconfiguración de la balanza de poder hemisférica impulsada por la potencia del norte y de los peligros potenciales que se ciernen para la región y particularmente para México, país que al revisar lo sucedido en los dos últimos siglos de aplicación de la Doctrina Monroe aparece claramente como el más afectado y con el que se ha aplicado la mayor violencia y despojo por parte del imperialismo estadounidense.

## Referencias

- Ali, T., Butler, J., Fraser, N., Traverso, E., Milanovic, B., Segato, R., Ramonet, I., Stefaoni, P., Moufee, C., Streeck, W., y Feierstein, D. (2023). *La extrema derecha en América Latina*. Le Monde Diplomatique.
- Borón, A. (2006). La cuestión del imperialismo. En Borón A., Amadeo J. y González S. (comp.), *La teoría marxista hoy: problemas y perspectivas*. CLACSO.
- Borón, A. (2003). *Imperio Imperialismo*. Itaca.
- Bosch, C. (1969). *La base de la política exterior estadounidense*. UNAM.
- Britto, G. (31 de enero de 2026). *Subastan a Venezuela en la Casa Blanca*. Con Nuestra América. <https://connuestraamerica.blogspot.com/2026/01/subastan-venezuela-en-la-casa-blanca.html>
- Calloni, S. (2001). *Operación Cóndor. Pacto Criminal*. La Jornada Ediciones.
- Cecea, J. L. (1972) *El imperio del dólar*. Ediciones El Caballito.
- Cuevas M, R. (10 de enero de 2026). *Venezuela en el centro de la tormenta*. Con Nuestra América. <https://connuestraamerica.blogspot.com/2026/01/venezuela-en-el-centro-de-la-tormenta.html>
- Duroselle, J. B. (1965). *Política Exterior de los Estados Unidos: de Wilson a Roosevelt 1913-1945*. Fondo de Cultura Económica.
- Figuroa, C. (10 de enero de 2026). *Tras la invasión, ¿adónde va Venezuela?* <https://connuestraamerica.blogspot.com/2026/01/tras-la-invasion-adonde-va-venezuela.html>
- Fuentes, J. (1986). *Génesis del expansionismo norteamericano*. Editorial Grijalbo.
- González, P. (1990). *Imperialismo y liberación. Una introducción a la historia contemporánea de América Latina*. Siglo XXI Editores.
- Guerra y S., R. (1975). *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispanoamericanos*. Editorial de Ciencias Sociales.
- Hernández N., L. (24 de enero de 2026). *Venezuela, madurismo sin Maduro*. <https://connuestraamerica.blogspot.com/2026/01/venezuela-madurismo-sin-maduro.html>
- Klare, M. (1990). El ímpetu intervencionista: la doctrina militar estadounidense de la guerra de baja intensidad". En Klare, M. T. y Kornbluh, P. (coords.), *Contrainsurgencia, proinsurgencia y antiterrorismo en los 80. El arte de la guerra de baja intensidad*. Conaculta y Editorial Grijalbo.
- Mahskin, V. (1985). *Operación Cóndor, su rastro sangriento*. Editorial Cartago, Bs. As.
- Ortega y Medina, J. A. (1972). *Destino Manifiesto. Sus razones históricas y la raíz teológica*. CONACULTA y Alianza Editorial.
- Pereyra, C. (1959). *El mito de Monroe*. Ediciones El Búho.
- Perkins, D. (1964). *Historia de la Doctrina Monroe*, Editorial Eudeba.
- Rodríguez M. (1997). *El Destino Manifiesto en el discurso político norteamericano (1776-1849)*. Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Rodríguez, M. (2003). *El Destino Manifiesto. El pensamiento expansionista de Alfred Tha-*

- yer Mahan 1890-1914. Editorial Porrúa / Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Saxe-Fernández, J. (2002). *La compra-venta de México*. Plaza-Janés.
- Selser, G. (2010). *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*. Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM).
- The New York Times (11 de enero de 2026). *Two hours, Scores of Questions, 23,000 words: Our interview with President Trump* <https://www.nytimes.com/2026/01/11/us/politics/trump-interview-transcript.html>
- Tirado, A. (2026). *Lo que pasa en Venezuela va de hegemonía internacional*. <https://con-nuestraamerica.blogspot.com/2026/01/arantxa-tirado-lo-que-pasa-en-venezuela.html>
- Traverso, E. (2024). *Gaza ante la historia*. Ediciones Akal.
- Traverso, E. (2025). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI editores.
- Vázquez, C. (2025). La revancha reaccionaria: el renovado impulso de la derecha a nivel global y en América Latina. En L. R. Hernansáez y E. Menchaca Arredondo (coord.), *Reflexiones críticas sobre la supremacía capitalista actual y sus rupturas*. Editorial Comunicación Científica.
- Vázquez, C. (2024). El péndulo político en América Latina: nuevo ciclo progresista y auge de la derecha en la región. En Carlos Otto Vázquez Salazar (coord.), *Reflexiones sobre ideología y dominación: un debate abierto*. Editorial Comunicación Científica.
- Weinberg, A. K. (1968). *Destino Manifiesto. El expansionismo nacionalista en la historia norteamericana*. Editorial Paidós.